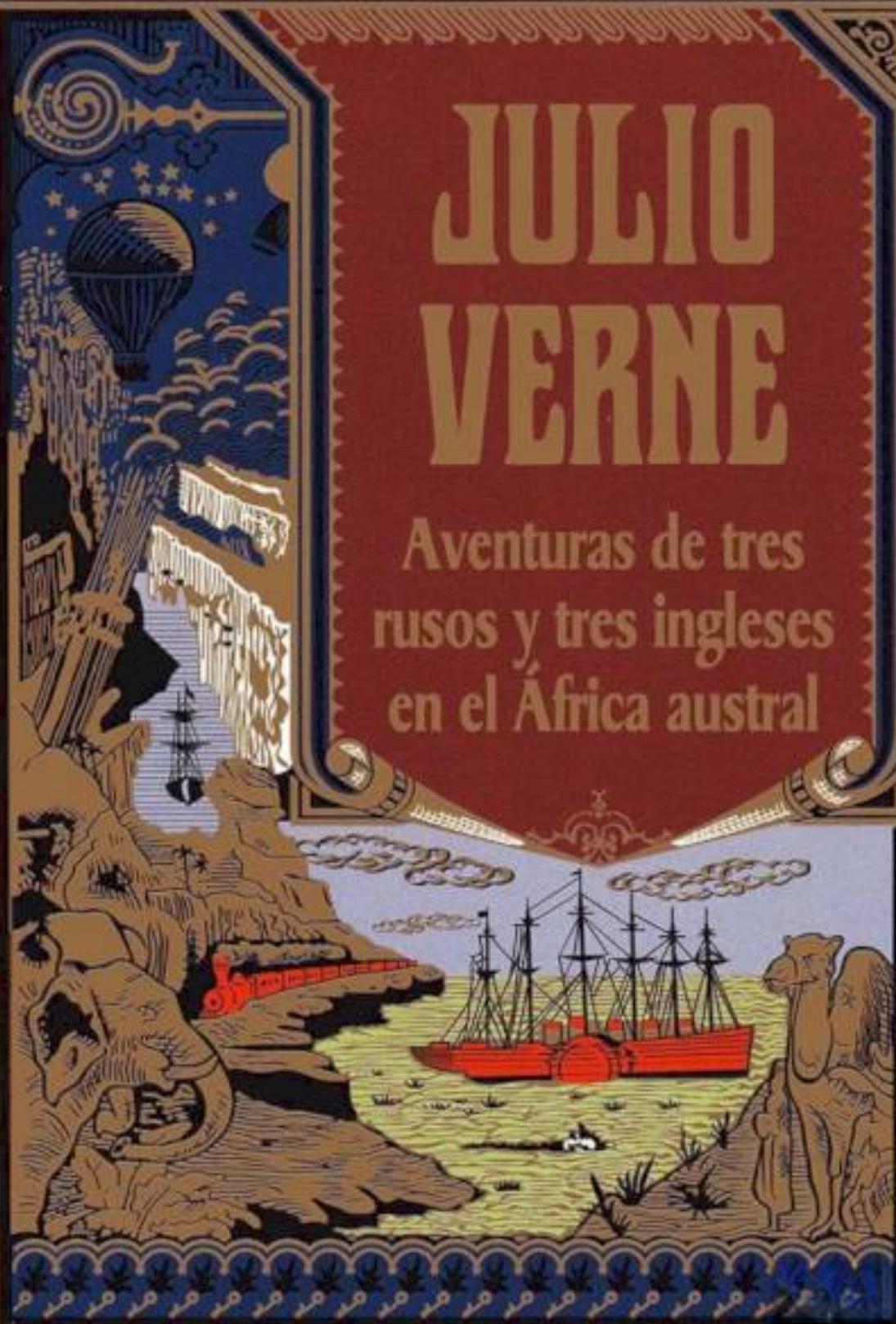


JULIO VERNE

Aventuras de tres
rusos y tres ingleses
en el África austral



Una expedición conjunta entre Inglaterra y Rusia lleva a seis expertos tres ingleses: el coronel Everest y los señores John Murray y William Emery y tres rusos: Matthew Strux, Nicholas Palander y Michael Zorn y su guía, Mokoum, (tres astrónomos de cada uno de los dos países), son enviados para la misión. Dirigiéndose hacia el sur de África con el objetivo de medir el arco del meridiano que atraviesa el desierto de Kalahari. Los gobiernos de Inglaterra y de Rusia resuelven renovar el experimento llevado a cabo por otras naciones consistente en medir el arco meridiano.

CAPÍTULO I

Dos hombres observaban con suma atención las aguas del río Orange. Tendidos a la sombra de un sauce llorón, conversaban animadamente. Era el 27 de enero de 1854.

En el lugar donde se encontraban nuestros hombres, el Orange se acercaba a las montañas del Duque de York, ofreciendo un espectáculo sublime que quedaba encuadrado en el horizonte por los montes Gariepinos.

Famoso por la transparencia de sus aguas y la belleza de sus orillas, el Orange puede rivalizar con las tres grandes arterias africanas: el Nilo, el Níger y el Zambeze, y se caracteriza por sus crecidas, rápidos y cataratas. Allí mismo, en la zona descrita, las aguas del río se precipitaban desde una altura de ciento veinte metros, formando una cortina de hilos de líquido que desembocaban en un torbellino de aguas tumultuosas, coronadas por una espesa nube de húmedos vapores. De aquel abismo se elevaba un estruendo que aturdía, agudizado por los ecos de la llanura en calma.

Estas bellezas naturales atraían la atención de uno de nuestros hombres, mientras que el otro viajero permanecía indiferente a los fenómenos que se ofrecían a su vista.

El viajero indiferente era un cazador bushman, excelente representante de una raza valiente que vive en los bosques entregada al nomadismo. De ahí su nombre, bushman, que significa «hombre de los matorrales».

El bushman pasa la vida errando en la región comprendida entre el río Orange y las montañas del Este, saqueando los campos de cultivo y destruyendo las cosechas de los

colonos, en venganza por haberle arrojado hacia las áridas comarcas del interior.

Nuestro bushman tenía alrededor de cuarenta años y era de elevada estatura y fuerte musculatura. Que se trataba de un individuo enérgico quedaba demostrado por la soltura y libertad de movimientos de su ágil y esbelto cuerpo.

Hijo de padre inglés y de madre hotentote, hablaba frecuentemente la lengua paterna, lo que le permitía un trato regular con los extranjeros que visitaban la zona. Su traje, mitad hotentote y mitad europeo, se componía de una camisa de franela roja, una especie de casaca y un calzón de piel de antílope.

Llevaba al cuello un pequeño saquito en el que guardaba el cuchillo, la pipa y el tabaco, cubriendo su cabeza con algo parecido a un casco de piel de carnero. Varias anillas de marfil en su muñeca y una capa de piel de tigre a su espalda eran los elementos que completaban tan singular indumentaria.

A su lado dormía un perro, ajeno a las cavilaciones de su dueño y a las de su acompañante, un joven de unos veinticinco años que ofrecía un vivo contraste con el cazador.

Su temperamento flemático se manifestaba en todas sus acciones, no dejando dudas sobre su origen inglés. Su traje indicaba que los desplazamientos no le eran familiares, pues más parecía un funcionario que un indómito aventurero.

Pero William Emery no era ni lo uno ni lo otro, sino un sabio distinguido, astrónomo agregado al observatorio de El Cabo.

Asombrado por las maravillas de aquella región desierta del África austral, situada a algunos centenares de kilómetros de El Cabo, Emery disfrutaba de la paz del momento, ajeno a las impacencias que atacaban habitualmente al intrépido cazador.

—Cálmate, Mokoum —decía el astrónomo—. No hay nada que te divierta cuando no estás cazando, pero ya falta poco para que lleguen los que esperamos.

—Señor Emery —respondió el cazador en un perfecto inglés—, hace ya ocho días que estamos aquí y aún no sabemos nada de ellos. Ningún hombre de mi tribu ha permanecido nunca ocho días en el mismo lugar y comienzo a impacientarme.

—Querido amigo, venir desde Inglaterra no es fácil, de modo que bien podemos concederles un retraso de ocho días.

Los viajeros que estaban esperando debían emprender un viaje de exploración por el África austral. Emery y Mokoum habían recibido la orden de prepararlo todo y aguardar la llegada del coronel Everest en las cascadas de Morgheda, hecho que cumplimentaban en ese momento.

Mokoum apretó fuertemente el cañón de su rifle, en un gesto que le era característico. Portaba un Manton de excelente factura, con bala cónica, que le permitía abatir un antílope a una distancia de ochocientos metros. A diferencia de sus compañeros bushmen, prefería las armas europeas al carcaj y las flechas envenenadas.

—¿Está usted seguro de que la cita es aquí, en las cascadas de Morgheda, a finales de enero? —preguntó Mokoum con desconfianza.

—Desde luego —respondió el astrónomo.

Mas, como el cazador no pareciera quedar muy satisfecho con esta afirmación, Emery le mostró la carta que le había enviado el señor Airy, director del observatorio de Greenwich.

Mokoum dio vueltas y más vueltas al papel, hasta que al final se lo tendió a Emery con la petición de que se lo leyera.

El joven sabio, dotado de una paciencia a prueba de las impacencias de su amigo y compañero, relató una vez más

la historia que ya le había repetido unas veinte veces en el curso de los últimos tiempos.

En los días finales del año de 1853, William Emery había recibido una carta que le notificaba la próxima llegada del coronel Everest y de una misión científica internacional que se disponía a recorrer el África austral. La carta del señor Airy no mencionaba la razón y los objetivos de la citada expedición, pero Emery era un hombre educado y jamás hacía preguntas a sus superiores.

Así pues, cumpliendo las indicaciones, Emery había dispuesto en Lattakou, una de las estaciones más septentrionales de Hotentocia, los carromatos, víveres, armas y, en resumen, todo lo necesario para el abastecimiento de una caravana nómada. Emery entregó el mando de esta caravana a Mokoum, pues tenía fama de buen cazador y estaba acostumbrado a tratar con extranjeros. No en vano había formado parte de las expediciones de Anderson y Livingstone, dos de los más intrépidos descubridores de las excelencias del continente africano.

Las cascadas de Morgheda eran, por tanto, el lugar elegido para la llegada de los últimos viajeros: los integrantes de la comisión científica. La fragata Augusta, de la Marina británica, trasladaría a los científicos hasta las cataratas.

Emery y Mokoum hicieron el viaje en un medio más modesto, pero más práctico para aquellos parajes. Habían utilizado un carromato, pues debían retornar en él, con los viajeros y sus equipajes, a Lattakou.

Cuando William Emery terminó de repetir este estribillo, que ya conocía casi de memoria, a su amigo Mokoum, ambos se acercaron a la orilla de un precipicio situado sobre las cataratas. Observaron atentamente el curso del río, pero no había nada nuevo sobre sus aguas. Ni el menor objeto alteraba el curso del río.

Es de advertir que el mes de enero corresponde al de julio en las regiones boreales, por lo que el sol caía casi perpendicular sobre la zona indicada, alcanzando casi los

cuarenta grados de temperatura a la sombra. La brisa del Oeste moderaba un poco aquel calor, permitiendo que un occidental como Emery pudiera soportarlo a duras penas.

Ningún ave animaba la soledad de aquellas horas calurosas, y los cuadrúpedos se refugiaban en el verde de los matorrales sin atreverse a salir de aquel frescor pasajero. Sólo el estruendo de la catarata y las voces de los dos hombres llenaban el aire de ruido.

—¿Y si sus amigos no vienen? —preguntó Mokoum.

—Vendrán. Son hombres de palabra, pero hay que tener en cuenta que dijeron que llegarían a finales de este mes, y sólo estamos a 27.

—Y si llega final de mes y no vienen, ¿qué haremos? —insistió el cazador.

—Entonces pondremos a prueba nuestra paciencia y les esperaremos hasta que lo considere conveniente.

—¡Por todos los dioses! ¡Si hemos de confiar en su paciencia, nos quedaremos aquí hasta que el Orange pierda sus aguas!

—No será necesario —respondió Emery con su calma habitual—. Es preciso que la razón domine siempre nuestros actos, y la razón me dice que es probable que el coronel Everest y sus amigos hayan encontrado dificultades en su viaje. Dificultades que, lógicamente, pueden retrasar su llegada. Además, si alguna desgracia les ocurriese, la responsabilidad caería justamente sobre nosotros. No, amigo mío, es preciso esperarles. El carromato nos ofrece un abrigo seguro durante la noche, disponemos de las suficientes provisiones y la Naturaleza es tan hermosa en este lugar que merece la pena admirarla.

—Si usted lo dice...

Emery observó la expresión de aburrimiento que se advertía en el rostro del bushman y procuró alentarle.

—En cuanto a ti —le dijo—, ¿qué más puedes desear? La caza es abundante y no te retiene ninguna obligación.

De manera que puedes dedicarte a tirar contra los gamos y los búfalos mientras yo espero la llegada de los viajeros.

El cazador comprendió que las palabras del astrónomo contenían una invitación y resolvió, por tanto, irse por algunas horas a dar una batida por los alrededores.

Mokoum silbó a su perro Top, una especie de can hiena del desierto de Kalahari, y ambos se internaron en la maleza de un bosque, cuya extensión coronaba el fondo de la catarata.

William Emery se tendió al pie de un sauce y se entregó a sus reflexiones.

¿Cuál era el objeto de la expedición que habían de emprender en cuanto llegaran los viajeros? ¿Qué problema científico pretendían resolver en los desiertos del África austral? ¿Por qué razón se había dirigido a él el señor Airy?

Cierto es que Emery se había convertido en pocos años en un sabio familiarizado con el clima de las latitudes australes, adquiriendo conocimientos al respecto que podían ser de gran utilidad para sus colegas del Reino Unido próximos a llegar, pero aquello no explicaba suficientemente el interés del señor Airy en su persona.

Estas preguntas y respuestas circulaban por la cabeza del joven astrónomo. El calor y la languidez consiguieron vencer su resistencia, y muy pronto se quedó dormido.

Cuando despertó, el sol se había escondido ya tras las colinas occidentales, que dibujaban su perfil pintoresco en el horizonte inflamado. La hora de la cena se aproximaba y era preciso retornar el carromato, que se encontraba en lo hondo del valle.

En aquel instante preciso una detonación resonó entre un matojo de arbustos, y el cazador y su perro asomaron por la linde del bosquecillo. Mokoum traía el cadáver de un animal recién abatido.

—¿Es esa nuestra cena? —le preguntó alegremente el astrónomo.

Por toda respuesta, Mokoum echó al suelo el animal, cuyos cuernos se retorcían en forma de lira. Se trataba de un antílope, más comúnmente conocido con el nombre de chivo saltador, que se encuentra frecuentemente en las regiones del África austral. Su carne es excelente y sirvió para llenar el estómago de los hambrientos expedicionarios.

Los dos hombres cargaron, pues, la caza en medio de un palo colocado transversalmente sobre sus espaldas, abandonaron las cimas de la catarata y media hora más tarde llegaron a su campamento, situado en una estrecha garganta del valle.

Allí les esperaba el cargamento, guardado por dos conductores de raza bochjesmana, y la apetitosa cena.

CAPÍTULO II

Los tres días siguientes al 27 de enero, Mokoum y Emery no abandonaron el lugar de la cita. El bushman, dando rienda suelta a sus instintos de cazador, perseguía a los animales por aquella región llena de bosques, en tanto que el astrónomo vigilaba el curso del río.

Hombre acostumbrado a pasar largas horas frente a los libros y los cuadernos, encerrado en la soledad y la oscuridad de los pequeños laboratorios, o bien con los ojos pegados a su telescopio, Emery saboreaba ahora la existencia al aire libre. Apenas notaba la molestia de la larga espera, fortificando su espíritu fatigado por los estudios matemáticos.

Llegó al fin el 31 de enero, último día fijado por la carta del señor Airy. Si los expedicionarios no aparecían en esa fecha, el joven William se vería forzado a tomar una determinación, cosa que le disgustaba enormemente. No podían marcharse sin ellos, pero tampoco podían esperarles indefinidamente.

—¿Por qué no vamos a su encuentro? —propuso Mokoum—. Si vienen por el río, tarde o temprano daremos con ellos.

—Es una buena idea. Haremos un reconocimiento en la parte baja de las cascadas, pero ¿conoces bien esta parte del Orange?

—Sí, señor. Lo he remontado dos veces desde el cabo Voltas hasta su unión con el Hart en el Transvaal.

—¿Y su curso es navegable en todo su trayecto?

—A excepción de estas cascadas de Morgheda, el río es navegable en toda su extensión, aunque al final de la estación seca casi no lleva agua, hasta unos ocho kilómetros antes de su desembocadura. Allí se forma una barrera contra la que se estrella violentamente la marejada del Oeste.

—En ese caso, seguiré tu consejo.

El cazador se colgó su arma al hombro, silbó a su perro y comenzó a descender, siguiendo el curso del río, por su margen izquierda. Emery le seguía en silencio.

El camino ofrecía muchas dificultades, debido a que los ribazos de la orilla, erizados de maleza, desaparecían bajo un lecho de plantas diversas. Las guirnaldas se cruzaban de un árbol a otro, tendiendo una red vegetal ante el paso de los viajeros y obligando a Mokoum a hacer uso constante de su cuchillo.

Dos horas después, ambos expedicionarios habían recorrido apenas seis kilómetros. La brisa soplaba entonces en Poniente, permitiéndoles escuchar los ruidos que se producían corriente abajo, pues el viento ahogaba el murmullo de la catarata.

El Orange, en ese punto, se prolongaba en línea recta por espacio de cinco kilómetros: El lecho estaba profundamente encajonado por un doble farallón gredoso, cuya altura superaba los sesenta metros.

—Detengámonos un momento a descansar —propuso Emery—. Mis piernas no son tan fuertes como las tuyas y resisten mal los caminos intrincados como éste. Desde aquí podremos observar unos cinco kilómetros de río.

El astrónomo se tendió, pues, sobre la hierba, mientras Mokoum y su perro seguían dando paseos por la orilla, en espera de los viajeros.

Hacía escasamente media hora que el bushman y su compañero se encontraban en aquellos lugares, cuando William Emery vio que el cazador, apostado a un centenar de pasos de donde el joven se encontraba, daba muestras de una atención extraordinaria.

Abandonando su lecho de musgo, el astrónomo se dirigió hacia el punto donde se había detenido su amigo y le dijo:

—¿Has visto algo, Mokoum?

—No, señor, no veo nada, pero estoy acostumbrado a percibir todos los sonidos de estos lugares y me parece escuchar un raro zumbido.

—¿Un zumbido?

—Sí, señor. Parece provenir del curso inferior del río.

Tras decir esto, Mokoum aplicó su oreja sobre la tierra y escuchó con suma atención durante algunos minutos. Finalmente se puso en pie, meneó la cabeza y exclamó:

—Debo de haberme equivocado. Puede que sólo fuera el ruido de la brisa al pasar entre las hojas de los árboles. No obstante, parece como si...

El cazador volvió a prestar atención, pero no podía asegurar nada con precisión. Al ver su desazón, Emery le dijo:

—Será mejor que bajes hasta el nivel del río. Si el ruido está producido por una embarcación, allí lo escucharás mejor, pues el agua propaga los sonidos con mayor nitidez que el aire.

—Tiene usted razón.

Mokoum descendió por el ribazo escarpadísimo, ayudándose con las matas de hierbajos que por allí crecían. Después se metió en las aguas hasta que éstas le cubrieron hasta las rodillas, aplicó su oreja a la superficie del río y exclamó:

—¡Se oye! ¡Es verdad! Es un golpe continuo y monótono, que se produce en el interior de la corriente, algunos kilómetros río abajo.

El cazador regresó entonces junto a Emery y ambos permanecieron alerta, dispuestos a esperar nuevos acontecimientos.

Transcurrió una hora interminable, al cabo de la cual Mokoum gritó:

—¡Una humareda!

Emery dirigió su vista hacia el lugar que apuntaba el cazador y al fin logró distinguir claramente una chimenea, que vomitaba un gran torrente de humo negro mezclado con vapores blancos.

La tripulación avivaba seguramente los fuegos, con el fin de aumentar la velocidad y poder hallarse en el lugar de la cita en el último día que se había convenido, porque en aquellos momentos el barco se encontraba a unos trece kilómetros de las cataratas de Morgheda.

Era entonces mediodía. Como aquella zona no era muy a propósito para el desembarco, el astrónomo resolvió regresar al punto de partida, aunque ello les supusiera dar marcha atrás.

Al llegar de nuevo a la inmensa cascada, eligieron un remanso formado por el río a unos cuatrocientos metros de distancia del torrente de agua, una pequeña ensenada natural en la que el vapor podría fácilmente recalar, pues el agua era profunda hasta en la misma orilla.

Divisaron un instante la popa de la embarcación, donde ondeaba la bandera británica, mas pronto quedó el vapor cubierto por las copas de los inmensos árboles que se inclinaban por encima de las aguas. Tan sólo se escuchaban los agudos silbidos de la máquina, los cuales no cesaban ni un segundo. La tripulación trataba de señalar así su presencia en los alrededores de Morgheda. Era un llamamiento.

Mokoum respondió disparando su carabina, y la detonación fue repetida con estruendo por los ecos del río.

Cuando embarcación y viajeros de a pie estuvieron frente a frente, Emery hizo un ademán. El buque, obedeciendo las indicaciones, fue a colocarse suavemente cerca de la orilla. Se arrojó una amarra y el Bushman se apresuró a tomarla, sujetándola a un sauce tronchado.

Un hombre de elevada estatura se dejó caer en el ribazo con ligereza y avanzó hacia Emery, al mismo tiempo que sus compañeros comenzaban también a desembarcar.

William Emery avanzó a su vez hacia el desconocido y exclamó:

—¿El coronel Everest?

—¿El señor William Emery? —preguntó el aludido.

El astrónomo y su colega del observatorio de Cambridge se saludaron estrechándose la mano.

Los otros viajeros habían llegado ya junto a ellos, y el coronel les dirigió estas palabras:

—Señores, permítanme que les presente al honorable William Emery, del observatorio de El Cabo, quien ha tenido la amabilidad de acudir hasta aquí para buscarnos.

Cuatro pasajeros saludaron sucesivamente al astrónomo, que correspondió a sus saludos afectuosamente. Después, el coronel les presentó oficialmente, con la característica flema de los británicos, diciendo:

—Señor Emery: Sir John Murray, de Devonshire, compatriota suyo; el señor Matthew Strux, del observatorio de Pulkowa, el señor Nicholas Palander, del observatorio de Helsingfors, y el señor Michael Zorn, del observatorio de Kiew. Estos tres señores son eminentes sabios rusos que representan al Gobierno del zar en nuestra Comisión Internacional.

CAPÍTULO III

Hechas las presentaciones, Emery se puso a disposición de los recién llegados. Debido a su posición en el observatorio de El Cabo, el joven astrónomo se encontraba jerárquicamente subordinado al coronel Everest, delegado del Gobierno inglés, quien compartía con Matthew Strux la presidencia de la comisión científica.

Emery conocía de oídas al sabio británico, pues sus estudios sobre las reducciones de nebulosas y cálculos sobre las ocultaciones de las estrellas le habían hecho extraordinariamente célebre.

Tendría el coronel Everest unos cincuenta años, y se caracterizaba por ser un hombre frío y metódico. Su existencia estaba determinada matemáticamente, hora por hora, y nada era imprevisto para él. Se podía decir, sin exagerar, que todas sus acciones estaban reglamentadas por el cronómetro.

Sir John Murray también venía precedido por la fama. Era un sabio adinerado que honraba a Inglaterra con sus trabajos astronómicos. La ciencia le ocasionaba grandes sacrificios económicos, pero tenía el valor y la inquietud que había caracterizado a hombres de la talla de Ross y Lord Elgin.

Uno de sus hechos más notables fue la concesión de veinte mil libras esterlinas para el montaje de un reflector gigantesco —rival del telescopio de Parson-Town—, gracias al cual se habían podido determinar los elementos de cierto número de estrellas dobles.